

# Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.ª, 1.ª

 Paquete de 30 ejemplares . . . 1'00 pesetas  
 Suscripción: España un trimestre . 1'00 »  
 » Extranjero » . 1'50 »

## Ministro de la decadencia

Este es el calificativo que el señor Brossa dió á Canalejas en la conferencia celebrada el día 11 del corriente, y á fe que estuvo acertado en la calificación.

Porque el señor Canalejas — al igual que su colega de Francia, Briand — vive en el poder más bien que de lo que vulgarmente se llama gobernar, del constante atropello á los derechos más fundamentales de la libertad, y al obrar así, lo hace afirmando con un cinismo que nunca hubiera demostrado si no hubiera trepado al poder, que no le importa que le llamen reaccionario.

Y así vemos que lo que no ocurrió durante los tiempos de Cánovas, ni de Maura, ocurre en los tiempos de la democracia que nos ha implantado el decadente Canalejas, quien entiende por libertad el no hacer disparar los mausers á troche y moche, aunque llena las cárceles de obreros huelguistas con el único y exclusivo objeto de servir á la burguesía, á la que halaga constantemente.

Y no puede llamarse demócrata ni liberal el hombre que para resolver los inevitables conflictos sociales no encuentra á mano otros medios que echar carne obrera á la fiera burguesa, hasta que sacie su sed de vampiro, no teniendo siquiera la habilidad de guardar las formas, pues para que el atropello sea más manifiesto, después de hacer sufrir á los huelguistas metalúrgicos una prisión tan larga como la lucha sostenida, declara en pleno Parlamento que después que la burguesía puede saborear su indecente triunfo había ordenado la libertad de los obreros presos. ¿Y esta es la tan decantada libertad de trabajo?

Y no es sólo en los conflictos sociales en donde el señor Canalejas se muestra más reaccionario, sino que lleva las cosas al extremo de impedir ó permitir que se impida la venta de los periódicos anarquistas.

Hasta hace pocos días era en Bilbao donde esto ocurría; hoy es en Madrid, donde efectúan registros en la casa del compañero corresponsal, arrebatándole los periódicos sin estar denunciados, y los comisarios de distrito han visitado los puestos de periódicos, notificándoles que está prohibida la venta de TIERRA Y LIBERTAD.

Mal camino ha emprendido el representante de la reacción en el poder, si así piensa acabar con las ideas emancipadoras del proletariado; pues ni los sindicalistas dejarán de acudir á la huelga, practicando la acción directa, por encarcelamiento más ó menos, ni nosotros cejaremos en nuestra labor por dar gusto á los que verían con alegría nuestra desaparición, ya se llamen enemigos ó ya se llamen amigos.

Todo cuanto un gobernante ha podido hacer en contra del proletariado que lucha por su mejoramiento lo ha hecho el señor Canalejas, destacándose entre todos sus actos lo ocurrido con los obreros de Sabadell, impidiéndoles trasladarse á Barcelona, para que tuvieran que rendirse á las exigencias de la burguesía.

Mal derrotero sigue el ministro de la decadencia para hacer frente á la gran cuestión social, que, inevitablemente por el orden lógico é histórico de los acontecimientos, se ha presentado en forma apremiante. Inútil será todo lo que intente en ese sentido, pues los temores que en el Congreso expresaba hace más de treinta años don F. de Paula Canalejas se han cumplido.

Decía aquel hombre, cuando la cuestión social no era todavía un problema en España:

«No precipitemos los acontecimientos. No provoquemos con arrebatamientos tardíos lo que duerme aún, por fortuna, en los últimos senos sociales, y que despertará al ruido de una contienda temerariamente provocada en momentos en que todos los organismos sociales, flacos y débiles, sufren la influencia del brusco sacudimiento que ha experimentado la opinión pública.»

Pues este despertar hace años que ha llegado, y á ello en algo ha contribuido el señor Canalejas, quien, imitando al nefasto Briand, olvida cuanto en otras ocasiones habló en defensa del proletariado, siendo su más encarnizado enemigo, y apelando, para reducirle, á aquellos medios que jamás pusieron en práctica los gobiernos mauristas.

## El proletariado internacional y la paz

Todos los periódicos convienen en que la manifestación del Albert Hall, en Londres, el día 10 del corriente, y la del 11 en Brad-

ford, en favor de la paz y del desarme, fueron realmente imponentes. Los oradores ingleses Keir Hardie, Ramsay, Mac Donald, Jowet, Lansbury, Anderson, el belga Vandervelde, el francés Jaurés, el alemán Mocklenburg y el americano Mills fueron vivamente aclamados. Sus declaraciones en favor de la unión de los proletarios del mundo entero, para imposibilitar toda guerra internacional en el futuro, excitaron el entusiasmo de los miles de personas que asistían á tan bellas manifestaciones del proletariado internacional organizado.

Vandervelde, que estuvo verdaderamente elocuente y persuasivo, hizo notar que, no contra el pueblo inglés, sino contra un gobierno criminal, protestaba el proletariado europeo cuando la guerra boer, y que, no contra el pueblo belga, sino contra sus siniestros directores y mandarines protestó el pueblo inglés á propósito del Congo. Los dos pueblos no han dejado de amarse con sinceridad.

Keir Hardie y los demás oradores han aludido al proceso del doctor Kotokú, el Ferrer japonés, y á la sentencia de muerte del sindicalista Durand.

He aquí el texto de la orden del día votado en los dos mitines:

«La Asamblea saluda á los distinguidos representantes del movimiento socialista internacional presentes al acto y considera su presencia como una nueva prueba de la solidaridad creciente del movimiento obrero.»

«Además declara esta Asamblea que no hay ni puede haber causa alguna de guerra entre los democratizados de Europa, y protesta con toda su energía contra el aumento continuo de los ejércitos y contra las tentativas encaminadas á fomentar el odio entre las naciones. El movimiento obrero internacional se opone al militarismo bajo todas sus formas, considerándole como el enemigo de todo progreso.»

«Por último, la Asamblea invita á los obreros de todos los países á unirse en el ideal emancipador, para establecer la paz industrial y la fraternidad internacional.»

Esta orden del día ha sido aclamada con entusiasmo por muchos miles de obreros en Londres y en Bradford, y aprobada por la generalidad de la opinión obrera inglesa y la de los países representados en ambos mitines.

El proletariado avanza, llegando ya á intentar la oposición de su veto á la acción guerrera de los gobiernos, que es la mejor garantía de la paz futura.

FERNANDO TARRIDA

## ATEISMO

Me cansé de ser ateo. Todas las ideas se iban desarrollando en mi mente queriendo encontrar en la materia el origen de la vida; que aquella, ni se crea ni se destruye, solamente se transforma y que por lo tanto ningún dios pudo crear: que la causa de la tiranía, base de todas las desdichas, motivo del envilecimiento de la humanidad, estriba en esa fuerza llamada sobrenatural; que el hombre al encomendarse á Dios, á un ser hipotético, desconfía de sus propios esfuerzos ligándose al mismo con las cadenas que forjó la ignorancia y el miedo, dando por resultado el tránsito de hombre libre ó bestia esclava: estas y otras muchas consideraciones juzgadas axiomáticas por el sentido común y asesoradas por la Ciencia, voy á dejarlas en suspenso, para dedicar mi magín al estudio concienzudo de esta cuestión transcendental.

Voy á buscar á Dios.

Paso por un callejón angosto, inmundado; veo unas mujeres que me ofrecen sus caricias por un puñado de calderilla.

Una de ellas sostiene en sus brazos un pequeñuelo, dándole á chupar un pecho blando y mugriento que más bien parece una vejiga deshinchada.

La pobre criatura es enclenque, ojerosa; lleva el estigma del vicio que su padre al engendrarla le legó.

Chupa con avidez aquel pezón roñoso, y no saca nada....

Su madre no comió el día anterior... No encontró á quien otorgar sus besos.

¡Tiene tan pocos atractivos ya!

Aparto mi imaginación de aquella escena; la remonto á lo ignoto para buscar á Dios entre aquellas lacras.

Pero no; juzgo que un ser tan magnífico no va á descender de su magestuosidad para penetrar en aquella callejuela infesta.

El sol tampoco envía sus rayos allí; la bella nitidez de los mismos se mancharía con aquel contacto.

Lo buscaré en otro sitio.

Iré á los campos; pero temo hallar brazos desfilados, harapientos, alimentándose de mendrugos y dejando la piel en el terruño... y no daré con él tampoco.

Penetraré en las minas; también me venceré que hay hambre, cansancio, explotación, galerías que se desprenden sepultando, infelices obreros, explosiones de grisú, mutilaciones de miembros horrosas, miseria en las familias, llanto, desolación...

El dios del consuelo, el amparo del desvalido, el padre de los pobres, ¿dónde está? ¿Vive Dios? ¿Es que no existe?

Desfallezco. No lo he visto todavía.

Sin embargo, no desconfío; veré más, escudriñaré lo más recóndito de la tierra, elevaré mi fantasía hasta lo infinito, porque me he propuesto encontrarle, y no desisto de mi empresa. ¿Dónde irá? ¿A una guerra? No; Dios no puede estar allí; donde se matan los hombres porque sí, por instintos atávicos, criminales, por la ambición de unos terrenos; donde al que lucha, al desheredado, al paria, no alcanza nunca la más pequeña migaja del botín, no puede asentar su trono, porque lo emplazaría sobre infamias; además la sangre de tanta víctima inocente salpicaría sus albas vestiduras de purpura, oro y pedrería.

En los manicmios, ni pensarlos; se explota á desgraciados alienados; en los presidios se maltrata despiadadamente á los reclusos; en los conventos se envenena; todos los vicios se practican, y quien es infinitamente bueno, infinitamente sabio é infinitamente santo, no puede vivir tranquilamente en lugares de esta índole.

Me encamino á un Hospital. Es de noche; la luz mortecina del altar del Cristo da un aspecto tético á aquella mansión del dolor, donde el silencio es interrumpido frecuentemente por quejidos lastimeros.

A lo largo de la sala están las camas dispuestas en fila. Sobre las mismas descansan esqueletos con vida; bajo los pliegues de la tapa observo rostros cadavéricos, con las huellas del dolor cinceladas en los mismos.

Miro al crucificado; rememoro que es el hijo de Dios hecho hombre y percatado bien del cuadro que se ofrece ante mi vista, siento arrebatos de preguntarle qué misión es la suya allí, por qué pudiendo remediar tanta desdicha no lo hace y sólo parece disfrutar de horribles agonías, gritos de desesperación.

La sonrisa hipócrita dibujada en sus labios pareceme mueca de satisfacción ante el dolor ajeno, y... me voy, por que indiscutiblemente aquel no es el Dios hecho hombre.

El dulce, el compasivo, el misericordioso, no puede morar en un Hospital.

Salgo de aquella sala; al cruzar las anchas naves del edificio, dispuesto ya á salir, percibo llantos infantiles, voces de tiernas criaturas que con palabra balbuciente llaman á sus madres.

Es la clínica de niños. Tendidos en sus camitas se retuercen desesperados, medrosos, infelices pequeñuelos, muñequitos de alfileres. Son despojos humanos que la miseria recluyó.

Muchos de ellos son expósitos.

Unas mujeres acartonadas de cuerpo y de corazón — tan acartonadas como las tocas que llevan — se encargan de infundirles pavor, describiéndoles escenas satánicas, amenazándoles con los horrores del infierno, y les musitan al oído oraciones tristes, muy tristes, en las que sólo hablan de la otra vida, contribuyendo, de esta manera, á hacer más intensa la pena de los pobres enfermitos.

Aquel'as figuritas de biscuit, de cuerpos llagados unos, con miembros amputados otros y con inmensa nostalgia todos, necesitan palabras de consuelo, besos de madre, ardientes y dulces, para aminorar el sufrimiento.

Y esas mujeres, que no se explican la maternidad, carecen de lo que más dignifica á todo ser humano: el Amor; y siendo voluntariamente estériles, no pueden hacer suyas aquellas lágrimas que brotan de ojos inocentes.

Todo denota la ausencia de Dios.

Pues entonces ¿dónde está?

Seguramente no existe; no se concibe que un padre amantísimo, y que todo lo puede, permita tanta desventura en cuerpos de pobrecillos que nada deben, que ningún daño han podido hacer.

Y visto todo esto, vuelvo á ratificarme en las ideas que forjó mi mente desde la niñez. Creo en la materia, único origen de la vida y madre de la Ciencia.

Si algún día mi cerebro calenturiento, febril, osara elevar sus miras, queriendo buscar la figura legendaria de Dios y elevarla

dicha figura hasta concederle el don de la existencia, sería sólo para execrarla, para maldecirla, por tolerar tanta infamia, por gozar con la desesperación y angustia de los que con énfasis titula hijos suyos.

ENRIQUE MALBOYSSON

Valencia

## LOS HOMBREROS RADICALES

### EL ABOGADO DE LA GUILLOTINA

Un Tribunal competente — legalmente, se entiende, — el de Senna, Francia, absolvía al revolucionario ruso, Rips, que, obligado á hacer de delator contra sus compañeros, atentó contra la vida de uno de los jefes de policía del imperio moscovita, del imperio del Kuut, llamado von Khoten.

Y, naturalmente, el Procurador de la República burguesa — así sintomáticamente aliado á la Monarquía absolutista ó constitucional — ha lanzado contra el revolucionario los ataques más bárbaros que se hayan lanzado en un Tribunal; ataques preñados de una retórica inquisitorial, que no sería capaz de lanzar el más feroz de los procuradores del zarismo.

Los gobernantes de la República — que mancharon su gorro frigio en la sangre de los comunales — no pueden admitir que se condene á los emisarios de las diversas tiranías. Ahora se han puesto á proteger las conjuras de los polizontes regios é imperiales contra la vida y la libertad de todos los que trabajan para limpiar las miasmas que destila el despotismo de una autocracia criminal, y anhelan hacer en Rusia un 80-93 como aquel que derrumbó la autocracia despótica de Francia.

Los procuradores de la tercera República — obran diversamente de aquellos del 03 — después de todo ejercen su profesión con honradez. Garantizan la fraternidad inmundada de los republicanos con el emperador de las Siberias.

Pero nada diríamos si no fuese que nos da náuseas, más que ímpetus de cólera, oír el nombre del maestro Simón asociado al Procurador de la República, pidiendo, como éste, la condena del revolucionario ruso.

El defensor del jefe de la policía rusa, de la policía más inhumana, sanguinaria y más salvaje que cuenta la barbarie moderna, es el maestro Simón, el personaje de «La Verdada», de Emilio Zola, que sacado del libro y llevado á la realidad resulta ser el abogado Labori, pues éste es el defensor de la autocracia rusa.

Labori es aquel que defendió al gran Zola contra un Estado Mayor compuesto por inquisidores, por los que en Francia habían condenado á Dreyfus.

¡Es una maravilla! Este abogado, Labori, no fué más que un vulgar traficante de actitudes heroicas, que supo explotar aquel grotesco atentado de los patriotas nacionalistas, en ocasión del clamoroso proceso de Rennes. ¿Qué puede ser un hombre que después de ser elevado á la alta consideración de todos los espíritus más selectos, desciende de la más noble causa de la libertad, á defender lo que es el símbolo más cruento del obscurantismo despótico? Este hombre no pudo ser, en su primer momento, más que un vulgar comediante, y en el segundo no ha hecho otra cosa que venderse, como Judas, á la policía más bárbara y criminal de Europa.

En su cinismo, le importará poco ó nada que la mano que le ha pagado su servicio á la autocracia rusa estuviera todavía destilando la sangre de los asesinatos perpetrados contra el pueblo y recogiera la cantidad que le entregaron de los mismos fondos que sirven para comprar esbirros y para que gocen los carniceros que continúan inmolando víctimas en las regiones heladas de Siberia. Este *ilustre abogado* es el tipo más cínico y venal de la Francia, muy digno de estar al lado del ex revolucionario y autócrata de la República, Aristides Briand.

Ultimamente, renunciando su cargo de diputado, no ha hecho más que representar otra farsa. Su *bello gesto* de hombre superior, cansado de la comedia parlamentaria, no escondía otra cosa que una retirada de saltimbanqui, para que la farsa le saliera mejor.

El defensor del jefe de policía rusa — que quería la condena del revolucionario — estaba bien en su puesto, en compañía de los demás saltimbanquis de la política... parlamentaria.

El, queriendo la condena del revolucionario ruso, quería proveer de carne humana al hacha del verdugo, á la guillotina, la única institución que en Francia obtuvo la gloria de los revolucionarios de 1789-93.

Aquellos revolucionarios que llevaron á la guillotina á un rey, eran consecuentes con idealidad social.

¿No había el *ilustre radical y republicano* Labori, el bien remunerado por los judíos (para que no se vendiera á los nacionalistas), patrocinador de Dreyfus, el cansado de la comedia parlamentaria, pro ligado en el Parlamento republicano, con su elocuencia curialesca, la conservación de la pena de muerte? De esta manera fué la única vez que fué consecuente.

La consecuencia de este abogado, unas veces de la libertad y otras del zarismo, consiste en una sola cosa: *defendiendo la guillotina*.

Este abogado de todas las causas acepta compensaciones de aquellos que gozan con las lágrimas de las víctimas de la tiranía militarista y de